

Agradezco la invitación que me ofrece la revista Hermes para opinar sobre el recorrido del euskera en este último siglo y de sus retos futuros, a partir de la intervención de Sabino Arana en el congreso de Hendaia de 1901, organizado con el objeto de unificar la ortografía del euskera. Ese fue el primero de estas características, congreso que tendría consecuencias directas en el devenir del euskera y también de la cultura vasca. El listado de asistentes, más de 30, recogía a los euskaltzales más preclaros del momento. Se formaron tres comisiones al efecto y una la presidió Sabino Arana, otra, Arturo Campión y la tercera, el canónigo y escritor labortano Gracian Adema “Zaldubi”. Se arbitró un detallado plan de actuación para que, en un plazo menor al año, todo el que lo deseara pudiera hacer sus proposiciones libremente.

Era el primer paso que se vislumbraba necesario para vigorizar la precaria situación del euskera, que ya dejaba demasiado a la vista los estragos que había sufrido en el último siglo: pérdida casi total en Araba y en buena parte de Nafarroa; presencia cada vez más menguada en Iparralde, que venía perdiendo parte de su liderazgo en el nivel escrito y en el cultural; y una erosión progresiva a causa de la filtración del castellano en el tejido social euskaldun de Bizkaia y Gipuzkoa. Ahora bien, todo esto no era nuevo. Ya en el siglo XVIII, escritores como los jesuitas Larramendi y Cardaveraz pusieron el grito en el cielo, si bien sirvieron de poco ya que a nivel administrativo e institucional todo continuaría igual. La lacerante predicción de Guillermo de Humboldt a principios del XIX pasó inadvertida: “... tiene que retroceder a la montaña, de decenio en decenio cada vez más, acosada por todos los lados, tratada como por mala madre precisamente por la parte más ilustrada de la nación... En menos de un siglo habrá desaparecido quizás el vascuence de la serie de lenguas vivas”. Mientras tanto, entre nosotros, respetables patriarcas como P. P. Astarloa se afanaban en demostrar que el euskera era la lengua hablada en el Paraíso.

Los acontecimientos políticos del último cuarto del siglo XIX, consecuencia de las guerras carlistas sobre todo, despiertan finalmente la conciencia de hombres ilustres, que dan paso a importantes hitos: nacimiento del nacionalismo vasco y a nivel cultural, el llamado primer Renacimiento vasco. Surgen sociedades y publicaciones periódicas que tienen como elemento central la salvaguarda y cultivo del euskera. En los propios Juegos Florales de esos años, tan festejados por la sociedad de la época, se recogen muestras evidentes de la inquietud por el estado del euskera, como los versos del bizkaino Felipe Arrese Beitia cantando en Elizondo el “Ama euskeriari azken agurrak”. Ramón Artola, con el título “Gure izkuntza maitagarriagatik” les dedicaba a los congresistas reunidos en Hendaia los siguientes versos: “Erdera eta latíña baño / zarrago zaude euskera, / ama esaten dizugarik / amonatuba baitzera. / O atxo zimur, kutun, garbiya, / oraindik biziko zera, / illoba onak dauzkatzun arte / Amona, ilko etzera!”. El pronóstico de Arturo Campión tuvo eco en la intervención de Sabino Arana en Hendaia cuando éste dijo que el euskera iba “rápidamente retirándose hacia los más escondidos reductos de sus

CIEN AÑOS DE LUCHA POR EL EUSKERA. ¿Y?

ROSA MIREN PAGOLA

ACADÉMICA CORRESPONDIENTE DE EUSKALZAINDIA
Y PROFESORA DE LA UNIVERSIDAD DE DEUSTO

montañas, para extinguirse al cabo, y seguramente en fecha no lejana”. También otro ilustre bilbaíno, Miguel de Unamuno, coetáneo de Sabino, recogía la imagen del navarro diciendo que el euskera “va subiendo a las alturas y refugiándose en ellas para morir más cerca del cielo”.

En consecuencia, Sabino Arana, en su intervención de Hendaia, para terminar con aquella situación y porque el euskera “no es un cadáver, es un enfermo que tenemos delante, siquiera moribundo, y porque le amamos no nos resignamos a desahuciarle”, expuso los principales obstáculos que había que superar y perfiló alternativas a fin de “procurar el renacimiento de nuestra lengua patria”. Las propuestas resumidas consistían en: hacer del euskera una lengua viva, habilitada a la vida moderna, que sirviera tanto a los científicos como a cualquier usuario normal y que fuera útil y necesaria para todo. Sólo así, decía, se consigue que se aprenda, se escriba y tenga vida propia sin necesidad de otra lengua. ¿Cómo conseguirlo? Amándola con patriotismo y con la participación incondicional de las autoridades y de los ricos para que, además de hablarla, la hicieran indispensable en los puestos de trabajo de sus empresas y en cualquier otra esfera social.

Junto a estas ideas, exigía también unanimidad y estricto cumplimiento de las decisiones adoptadas, no sólo en lo concerniente a la ortografía, sino también en todo lo referido a la unificación de la gramática y el léxico. A pesar de que era consciente de las discrepancias que, por razones sobre todo ideológicas, dividían a los más eruditos.

Su fallecimiento, dos años más tarde, le impidió ver la eclosión que se produjo en los años sucesivos. En el Congreso de Estudios Vascos, (Oñate, 1918), que dio lugar a la creación de Eusko Ikaskuntza por las Diputaciones vascas, Julio Urquijo les solicitaba a estas últimas el fomento de la lingüística, con la creación de pensiones, cátedras, un laboratorio de fonética experimental, la consecución del diccionario y la publicación de un atlas lingüístico del País Vasco. No se materializaron estas solicitudes, pero se consiguió un anhelo latente desde hace tiempo, la creación de Euskaltzaindia. Los pasos que se iban dando pronto se vieron truncados al terciarse la contienda que llevó a tantos al exilio intelectual.

No fue fácil reemprender la marcha. La vieja pretensión de la unificación del euskera fue objetivo prioritario y ya a finales de los 60 comenzaron a darse los primeros frutos del euskera batua. La difusión fue rápida y fructífera, aunque no se libró en su momento de cierto rechazo en algunos sectores. No obstante, la situación general, la disposición social y el ánimo de consenso

existentes no tenían nada que ver con la agitación de comienzos de siglo. El afán de luchar por el euskera y sacarlo adelante neutralizaba las posiciones más recalcitrantes. La dinámica fue imparable: impulso de las ikastolas, fortalecimiento de la cultura vasca en sus diferentes manifestaciones y, más adelante, Estatuto de Gernika y ley del Euskera. Pero la suerte no sonrió para todos por igual. La ley del Vasce en Navarra, aprobada sin demasiada contestación política en aquel momento, además de discriminar, menguaba mucho las posibilidades. Y en Iparralde la misma legislación totalitarista y unitaria, implantada a comienzos del XIX, cerrando filas en torno al francés.

Aquel tiempo tan vibrante tuvo, no obstante, algunos claroscuros. El impulso que se quiso dar al euskera fue, en parte, como una galerna en ciertos niveles de uso del euskera. Los dialectos quedaron marginados, incluso en las enseñanzas básicas, y eso ha pasado factura. El bizkaino, tan alejado del batua, ha dejado secuelas hoy visibles en los lugares que ocupa. Por otra parte, la enseñanza del euskera, con sus tres modelos lingüísticos, ha multiplicado el número de vascohablantes, así lo indican reiteradamente las encuestas, pero no se percibe cuanto se debiera en el uso cotidiano. El reto siempre ha estado ahí presente: mantener su uso con firmeza, sobre todo, en las zonas bilingües. Gipuzkoa, en gran medida, lo está consiguiendo.

En el ámbito de la ciencia, nunca se hubiera imaginado Sabino Arana que en menos de un siglo el euskera llegara a las cotas que ha alcanzado. La docencia en las universidades ha sido elemento fundamental para el desarrollo del lenguaje técnico en, prácticamente, todas las disciplinas. La investigación científica sobre el euskera y en euskera poco tiene que envidiar a la que se hace en otras lenguas.

A pesar de todo, la situación no cabe considerarla halagüeña. La amenaza de la supervivencia del euskera nos sigue atenazando diariamente. En Navarra, desde los tiempos de Sabino Arana, se ha perdido el precioso euskera del Roncal, el de Salazar y la variedad que más territorio ocupaba hace poco más de un siglo: el Altonavarro meridional. En Iparralde la situación, en general, no es la mejor, por no decir crítica, sobre todo para el suletino. Las palabras de Sabino Arana resultan también ahora proféticas: tiene que ser necesario y signo identitario, sobre todo ahora que también el plurilingüismo resulta cada vez más imprescindible. Ahí está el reto, en usar la lengua, hablarla y que sea la lengua habitual de comunicación. De ello depende el futuro del euskera y el nuestro si queremos seguir siendo quienes somos. En nuestras manos está.